Tom. II. Num. 49. —185— 17 de Marzo de 1844.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

Nuestro digno colaborador, el infatigable Villergas, sigue recorriendo en posta los mas remotos paises, con el objeto de adquirir nociones enciclopédicas para El Dómine Lucas, y estravagancias para el tercer tomo de La Risa, al cual reservamos lo mas selecto, á fin de que nunca decaiga el mérito de esta publicacion.

Con la entrega 50 concluirá el segundo tomo de La Risa. Se repartirán en breve á los que han adelantado su importe, los retratos de los Sres. Breton de los Herreros, Hartzenbusch, Príncipe y Bonilla.

Los señores suscritores se servirán renovar oportunamente la suscricion, para no esperimentar retardo. Los que adelanten el importe de 25 entregas, tendrán opcion á cuatro retratos. Uno de estos será el de nuestra apreciable colaboradora doña Carolina Coronado.

En el tomo tercero se dilucidarán entre otras las interesantes cuestiones siguientes: Si es preferible tener mucho apetito y poca comida, ó mucha comida y poco apetito: Si vale mas muger fea y rica, que pobre y hermosa: Qué es mejor entre ser viejo con salud y jóven sin ella: Qué sería peor entre ir en el invierno en trage de verano, ó en verano en trage de invierno: ¿Vale mas ser rico y tonto, que sábio y pobre?

AL CERDO.

Venga la lira; la de cuerdas de oro,
que empeñada hace dias estuviera
como otras prendas que cautivas lloro
si admisible y de ley el oro fuera:
denme la lira; yo el favor imploro
de las de *marras* de cualquier manera,
pues si á sus héroes cantan otros hombres,
cantar yo quiero al de los muchos nombres.

Hagan Izco y Baldovi versos bellos,

ante los que mi péñola depongo,
y que solo me es dado encarecellos:
ni á su *judía*, ni á su *col* me opongo;
al reino vegetal le canten ellos,
que con el animal yo me compongo;
aunque bien visto tiene tres bemoles
callar al *cerdo* y encomiar las *coles*.

Al cerdo, el indefenso, el bondadoso,
el de la fresca tez y reluciente,
que en el placer se duerme candoroso,
que jamás hizo daño el inocente,
que de pura honradez es perezoso,
y cuando mano atroz bárbaramente
le juega alguna chanza que le irrita,
con rascarle la panza se le quita.

Humilde ó previsor nunca la vista
eleva al cielo con soberbia necia;
ya del drama de que es protagonista
porque augura la triste peripecia,
ya porque vé su trompa muy mal quista
y que este mundo en vida le desprecia.
Elévala de hoy mas porque sin vicios
no tienes como el hombre desperdicios.

Mártir desde pequeño, ó te se entrega
á chicuelo diabólico y travieso
que en tí su tino en el tirar despliega
con mano zurda y corazon avieso,
y donde pone el ojo allí te pega
con ancho canto ó asperon obeso,
hasta que su maldad al fin y al cabo
te hace la oreja sacudir y el rabo;

Ó bien sujeto á estaca perdurable
nunca la libertad disfrutas horro,
y entretienes la vida miserable
minando el suelo para hallar socorro:
lo pasas bien si en cóncavo insondable
con el poder de tu pujante morro,
descubres el filon de las raices
á costa de paciencia y de narices.

Creces y ¡ay Dios! el infernal silvato
sus escalas cromáticas luciendo,
toca á cortar; y tú, pobre pacato,
la emboscada no ves, ni el plan horrendo
que con hilo y aguja y aparato
el de la armada mano te está urdiendo,
hasta que en tierra ya gruñes y bregas,
y al cabo cedes y la carta entregas.

¿Qué es de tí entonces, Abelardo triste?
Roncas, te rascan, la comida abordas;
tal vez sin recordar lo que antes fuiste
engordas mucho; ya se ve que engordas
si el diploma del género perdiste
y en materia de amor no te desbordas.
Mas dime, pues estamos ya serenos,
¿aquellos duelos con el pan son menos?

El tiempo corre; la estacion del barro
como no es cosa buena se aproxima:
ligero marchó con presto carro
el verano y sus flores á otro clima,
y del en pos la escarcha y el catarro
y el San Andrés se nos encaja encima.
Dia de sangre y en que frente á frente
con Herodes se pone el inocente.

Antes que el sol tan desastroso dia
venga á alumbrar, las nubes nacarando,
tendido estás en la pocilga fria
huesos de albaricoque mascujando:
invencion del demonio, que á porfía
tus embotados dientes afilando,
sirve de amoladera á tu apetito,
y comes mas cayendo en el garlito.

Cuando ya tu pellejo dice *basta*,
se convierte tu estancia en jubileo;
entran y salen; hablan de tu casta
y de tu obesidad; y es su recreo
á lo mejor que estás hecho una plasta,
que del rabo te ahupe un cirineo,
y te ponga de pie y en tanganillos
para darte en las nalgas golpecillos.

Fiestas de Barrabás, beso de Judas,
(como son de los hombres las caricias)
que te van preparando penas crudas,
y la mas negra de las injusticias:
¡Insigne mala fé!... ¿Por qué la dudas,
si tu muerte es de todos las delicias,
y siempre propio del poder humano
antes de asesinar, besar la mano?

Todo está ya dispuesto, y en reserva
trapos, cuchillos, sogas y basalto,
y esparto y cucharon, y una caterva
de fariseos prontos al asalto,
asaz forzudos, de intencion proterva.
Y tú, infeliz, con paz, sin sobresalto
cual mártir vas á ceremonia impía,
y sin que digas *esta boca es mia*.

Antes del sacrificio, en la romana
péndulo y amarrado bamboleas,
y vueltas das y tu paciencia es vana,
y chillas condolido y pataleas.
Hay quien tu peso por saber se afana
hasta por onzas, y le lisongeas
con una mas... ¿Y á qué? De cualquier modo
seas como fueres te ha de engullir todo.

Descuélgante por fin, y sin la amarra
diriges al altar la caminata...
Llega el momento... ¡Zas!.. Quien te se agarra
á la oreja cual súcia garrapata;
quien del rabo te pilla y te desgarra;
quien se aferra á tu piel, quien á tu pata:
te hacen tierra perder en mala lucha

porque no tienes maña y ellos mucha.
Ya sobre el ara, el sacerdote empieza.
Asido al morro con la izquierda mano,
contra su muslo apoya tu cabeza:
te afeita el cuello y te lo tienta ufano,
toma bien la distancia y con fiereza
zambulle el puño tras el hierro insano.
Se oye un quejido atroz... luego profundo...
despues... el estertor del moribundo.

Surgen de sangre rojos borbotones,
y en barreño profundo y dilatado
los recibe y agita á manotones,
con cucharon y brazo arremangado,
una muger. En tales ocasiones
con diabólica risa y desenfado
ve la sangre á torrentes, la que un dia
por una gota un patatús sufria.
Con esparto encendido te chusmarran,
cual hace Satanás con el precito;
te revuelven despues y te espatarran;
te rasuran la piel al infinito;
te abren luego en canal, y te desgarran,
y te hacen trizas, y se acaba el rito....
Tan triste fin tu sino te acarrea...
Si hay tierra para ti, *leve te sea*.

FRANCISCO RAMOS.

MI CRIADO Y HERMOSILLA.

CARTI-EPÍSTOLA EN PROSI-VERSO.

Pues LA RISA es enciclopedia de estravagancias, ahí va una de gran calibre, señores lectores; pero tengan Vds. entendido, en primer lugar, que yo no respondo de que les guste; y en segundo, que ora les parezca bien, ora mal, la estravagancia no es mia, sino de un doméstico que Dios me dió, hombre por cierto de los mas estrambóticos y estrafalarios del mundo.

Es el caso, señores leyentes, que entre la numerosa y dilatada familia que hace años se me come por los pies, tengo un individuo que no pertenece á ella *sino por la tangente*, es decir, en clase de criado; cualidad que no quita que yo le quiera, como se merece, por lo bien que me sirve; lo que no se opone tampoco á que sea un bárbaro de pies á cabeza, como Vds. verán bien pronto. Cuando yo no era autor, ni me habia pasado por las mientes ponerme á escribir, teníale en casa para que me limpiase las botas, y para otros usos igualmente humildes; pero desde que me dió por hacer versos, y por esplicarme en prosa, y por otras cosas, que, con licencia del gran Moliere, no son prosa ni verso, *hubo una variacion total en mi casa*. Mi muger se echó á literata, mi suegra se hizo marisabidilla, el abuelo de mi suegro, que aun vive, comenzó á aprender el francés; el marido de la madre de mi esposa, se dedicó á representar comedias; mis cinco hermanas pusieron sus veinticinco sentidos en leer folletines de periódicos; mi sexto sobrino se metió á corrector de pruebas; y de los nueve hijos que tengo, cuatro se hicieron editores responsables de otras cuatro publicaciones periodísticas; y los cinco restantes, con los otros cinco sobrinos que se me *quedaban en el tintero*, *resolvieron tomar la única* y esclusiva ocupacion de leerme á mí, proporcionándome de ese modo un pequeño público, compuesto de diez individuos, fortuna que no tienen acaso todos los autores de la época. Mi padre y mi madre habian muerto ya por aquel entonces; pérdida irreparable para mí, y sobre todo para la literatura contemporánea, la cual, á haber ellos vivido, hubiera contado con dos notabilidades, ó por lo menos con dos apasionados mas, segun la comezon literaria que se apoderó de mi familia desde el momento en que, como digo arriba, *me dió la humorada* de echarme á escritor.

Natural era, señores lectores, que en semejante metamórfosis doméstica le cupiese tambien su correspondiente mutacion de vida á mi criado Juan; y así fué en efecto, perteneciendo como perteneció desde aquel dia al círculo literario, si bien siempre en sentido humilde, dado que su ocupacion única y esclusiva fué ir y venir á la imprenta diariamente llevando original y trayendo pruebas; tarea que en sus dolencias ha compartido mas de una vez con la criada, permitiéndolo así el cielo, sin duda alguna, para que no quedase ningun ser racional, entre to-

dos los que me rodean, que dejase de pertenecer á la noble aristocracia del talento. Mi criado se mostró altamente satisfecho con su nuevo oficio, y comenzó á armar tan terribles peloteras con los cajistas, que me rio de las discusiones de tantos literatos de café como brillan en todas partes. La fortuna fué que por aquellos dias no sabia el buen Juan ni leer ni escribir, que á no ser eso, se echa desde luego á literato lo mismo que yo, y no me deja tiempo para lucirme solo. Pero el diablo que todo lo enreda, quiso mas adelante crearme un rival, y el bribon de mi criado comenzó poco á poco á hacerse hombre de provecho, acabando por saber escribir una carta en menos de seis años. Yo no habia notado su aficion á las letras, ni podia pasarme por la imaginacion que pudiera remontarse tan alto. ¿Cuál no sería mi sorpresa por lo mismo, cuando le ví en estado de corregirme las pruebas y de corregírmelas bien? Yo debia alegrarme de sus adelantos, pero la ruin envidilla y un vago temor de que con el tiempo pudiera subírseme á las barbas, pudieron mas en mi corazon, que el deseo de fomentar sus progresos, y le dejé abandonado á sí mismo. Con esto y con llamarle zopenco con mas frecuencia que antes, creí evitado el peligro, y mi susto se calmó poco á poco. Él ha aprendido á leer y á escribir, me decia yo en mis adentros; pero de eso á bambalearse como hombre de letras, va un paso de jigante. Y cuando quisiera echarla de escritor, ¿qué daño podria hacerme á mí? Él no me ha de lanzar de la altura en que me veo, ni ha de ser un genio como yo. Todo lo mas que el pobrecillo podrá hacer, será escribir una mala carta á su muchacha, ó suponiendo cuanto hay que suponer, desempeñar alguna que otra chispilla en este ó en el otro periódico, para tener la satisfaccion de decir una desvergüenza á todos los que valgan mas que él.

Así decia yo para mi capote, pero mi criado pensaba de un modo mas avanzado que yo, y todos mis cálculos vinieron á tierra. Ojeando periódicos por aquí, leyendo poesías por allá, y llevando y trayendo pruebas por acullá, ha ido poco á poco adquiriendo tan notable desarrollo en su genio, que aun cuando es un bárbaro como tengo dicho, me dá ya quince y falta en materia de literatura. Para que Vds. se convenzan de esta verdad, oigan Vds. la conversacion que tuvimos anoche, y vean Vds. si el ex-zopenco de mi criado lo entiende.

—Amo mio, me dijo, entrando con unos papeles: ahí tiene Vd. esas segundas pruebas que acabo de traer de la imprenta.

—¡Malditas pruebas! contesté amostazado. ¿Es posible que han de venir siempre cuando uno tiene otra ocupacion? ¡Bueno saldrá ahora el artículo de La Risa, teniendo que interrumpirlo á lo mejor del cuento!

—¡Ola, señorito! ¿Con que estaba Vd. escribiendo para La Risa? Pues lo que es por interrumpir la tarea, no debe darle á Vd. cuidado, porque... aquí para los dos, señorito... ¿sabe Vd. que me ha ocurrido á mí escribir unos versos, que mejorando lo presente...

—¡Cómo! ¿Qué es lo que dices de versos?

—Nada, señor... sino que como he oido que sentia Vd. dejar interrumpido su artículo, me ha ocurrido ofrecerle una epístola poética que acabo de escribir, con la cual podria salir Vd. de su compromiso, enviándola al director de La Risa.

Oir la propuesta, y echarme á reir como un bárbaro, vino á ser todo uno.

—No hay que burlarse, señorito, me dijo él con cierto gesto un si es no es avinagrado. Cada cual tiene el alma en su almario, y cuando otros hacen versos, no sé porque no los he de hacer yo.

—Convengo en ello, le contesté; pero ¿sabes que me has dejado patitieso? ¿De dónde sacas ahora esa habilidad, tú tan majadero y tan...

—Pues! Siempre con que soy un zopenco, y siempre con la misma cancion. ¿Sabe Vd., señorito, que eso es una horrible injusticia? ¿Sabe Vd. que si le presento las composiciones que tengo hechas, se muere Vd. ahí de repente? ¿Sabe Vd. que si le leo mi primera imitacion de *Zorrilla*...

—¿De *Zorrilla*? ¡Ay, Dios mio, y qué bien parado habrá quedado el modelo!

—Poco á poco, señor... que se me acaba ya la paciencia, y si no quiere Vd. dispensarme el favor que le pido, voy yo solo al director de La Risa, y estoy seguro que al ver una composicion tan original...

—Oh, lo que es original ya me figuro que no podrá menos de ser. Pero en resumidas cuentas, ¿qué es ello?

—Eso es ya otra cosa, señorito; y puesto que se aviene Vd. á la razon, iremos por partes. En primer lugar, ya sabe Vd. que estoy perdido por mi antigua compañera de profesion.

—¿Y qué compañera es esa?

—¡Toma! ¿Quién ha de ser? La criada.

—¡Cómo, bribon! ¿tú tienes trapicheos con...

—¡Eh! que yo no digo mas sino que la quiero, pero como ella no me quiere á mí...

—Es decir que no hay peligro de...

—Sí, buen peligro! Y es mas áspera que una zarza, y por eso cabalmente he ideado el medio de ver si la puedo hacer mas accesible, escribiendo la poesía en cuestion.

—¡Jesucristo! Y me buscas á mí para...

—¡Dále! Si yo quiero casarme con ella, y ella

no quiere casarse conmigo, ¿es pecado acaso que trate de...

—¿Con que tu fin es honesto?

—Pues ya se vé que lo es: pero es el caso que ella no me puede tragar, como digo á V.; y como tengo otra muchacha que me quiere, y como no es mi vocacion estarme soltero toda la vida, he determinado decirle que si persiste en sus trece, me caso con la otra, y se acabó. A esto se reduce todo.

—¿Con que ese es el asunto de tu composicion? Pues lo que es hasta ahora, no veo en la idea maldita la originalidad.

—Es que lo original no está en la idea, señorito, sino en la ejecucion. Oiga Vd.

Y diciendo y haciendo, me leyó la carta siguiente, no sin mirarme en cada uno de sus apartes, como para observar en mi rostro el efecto que su lectura me hacia.

Querida Melchora: Me alegraré mucho que al recibir la carta que te estoy escribiendo, te encuentres libre de mal.

Yo estoy bueno, gracias á Dios primero, y luego á Don Roque el médico, que me ha sacado libre de la última sofocacion:

Sofocacion que, si bien se mira, se debe á tu terquedad maldita en mostrarte ingrata con quien te quiere mas que al Perú.

¿Será posible que los ojos tuyos nunca se han de volver á estos dos ojos mios? ¿Nunca nos hemos de unir? ¿Y por qué?

Tú sabes que tengo un corazon tan muerto por tus gracias, que no hay ningun hombre, hablando así comunmente, que tenga mi amor.

Tú en tanto te burlas de mi paciencia, y juro á San Antonio, que si ahora te burlas tambien, ya no he de escribirte á fé de Juan.

Casémonos luego, ó por Jesucristo y por su Madre, te digo que no espero mas, pues van ocho años que me haces el bú.

Leonarda me quiere, y todos los dias está diciendo á todos que si me caso con ella, mi dicha está resuelta ya.

Piénsalo, pues, porque te digo otra vez (y va con la formalidad que me caracteriza), que te dejo si haces el huron.

Espero respuesta sin tardanza, porque es ya tan dura mi suerte, que á fin de acabar el retintin, concluyo diciendo:

JUAN.

—¿Qué tal, señorito? preguntóme mi criado lleno de satisfaccion, apenas acabó de leer su misiva. ¿Qué le ha parecido á Vd. mi composicion?

—Me ha parecido, le contesté, que ó careces de sentido comun, ó has debido traguear hasta dejártelo de sobra. ¿No me has dicho que ibas á leer una composicion poética?

—Sí señor.

—Pues ¿á que viene leerme esa estravagante epístola en prosa?

—¡En prosa dice Vd.! Ya veo que tiene Vd. orejas de ganso, y que el que carece de sentido comun es Vd.

—¿Cómo es eso, insolente?

—Como que veo que habré de tomarme el trabajo de darle á Vd. una leccioncilla de poética, puesto que desconoce la clase de metro en que se halla escrita esa carta.

Yo estaba como quien vé visiones, y hasta llegué á dudar si el que habia empinado el codo era yo.

—Dígame V., prosiguió mi criado: ¿ha leido Vd. á *Hermosilla*?

—Este animalote se ha empeñado en examinarme de bellas letras, dije yo para mí; pero deseoso de ver en que venia á parar la interpelacion, ¿á qué viene esa pregunta? le contesté.

—Repito que me responda Vd. categóricamente.

—Y bien; le he leido: ¿qué tenemos con eso?

—Que si lo ha hecho Vd. con la debida detencion, no podrá Vd. negarme que en la obra titulada *Arte de hablar en prosa y verso*, ha compendiado su autor todo lo mejor que en materia de preceptos se ha escrito; y que esto supuesto, la autoridad de esa obra es sin disputa de lo menos irrecusable que puede darse desde *Aristóteles* á *Horacio*, desde *Horacio* á *Boileau*, y desde *Boileau* hasta nuestros dias.

—¿Sabes, Juan, que estoy aturdido con las citas que acabas de hacerme? ¡Cuerpo de Dios con el nuevo literatillo! Pero dejando chanzonetas á un lado, digo, querido Juan, que cuando *Hermosilla* se limita á esponer pensamientos agenos, no hay duda que lo hace muy regularmente; pero cuando se empeña en discurrir por sí, casi siempre lo echa á perder. ¿Qué apostamos ahora á que vas á citarme alguna majaderia *hermosillesca*? Porque yo te veo venir, y eso de invocar la autoridad de ese preceptista en apoyo de tu epístola...

—Pues ya se vé que la invoco, y Vd. me dará la razon. Y si no, dígame Vd.: la primera cláusula del Quijote ¿está escrita en prosa ó en verso?

—Mira si decia yo que ibas á citarme alguna majaderia.

—Poco á poco con eso, señorito, que la cláusula en cuestion tiene tantos versos cuantos son los renglones en que *Hermosilla* la distribuye. Y si no, mire Vd.:

En un lugar de la Mancha,
de cuyo nombre no quiero

acordarme, no ha mucho tiempo
que vivia
un hidalgo
de los de lanza
en astillero,
adarga antigua, rocin
flaco y galgo corredor.

¿Negará Vd. que los dos primeros renglones son dos versos octosílabos, el tercero uno de nueve sílabas, el cuarto y el quinto dos de cuatro, el sesto y el sétimo dos de cinco, y el octavo y noveno dos heptosílabos agudos, que equivalen por lo mismo á octosílabos? ¿Qué dice Vd. á esta prueba *sin réplica?* (1)

—Digo *que me he quedado estupefacto*, como dice el autor á que aludes, *al encontrar nada menos que nueve versos en la primera cláusula del Quijote.* «No lo esperaba yo ciertamente...»; pero es el mal, que para que resulten los tales versos, es preciso ante todo tener orejas de ganso, como dices tú, para no conocer la violencia que se hace al sentido; lo cual no quita que si yo me pongo á hacer anatomía de esa cláusula de otra manera distinta, resulte otra combinacion de versos distinta tambien; versos, empero, que en el mero hecho de ser de diversas medidas, se destruirán como los de arriba los unos á los otros, quedando por consiguiente reducida la cláusula en cuestion á prosa y purísima prosa, pese al magin de *Hermosilla* con toda su erudicion y con todas sus cavilosidades. Con que oido lo que tenia que contestar á la prueba *sin réplica*, digote que me dejes en paz, porque no tengo el tiempo para oir disparates; y si todo el mérito de tu composicion consiste en haber hecho una *ensalada* como las de que habla *Rengifo*, ó como la que *Hermosilla* quiso hacer de la primera cláusula del *Quijote*...

—¡Victor! esclamó mi criado saltando de gozo, Vd. va á caer de su asno, y... no hay remedio! Mi epístola tendrá el honor de figurar en las columnas de La Risa!

—¿Y por qué?

—Porque he dado un paso mas que *Hermosilla*, y la originalidad de mi composicion consiste cabalmente en constar de versos simétricamente iguales, y en rigorosa consonancia á mas de eso. Lea Vd., lea Vd.: cada aparte de mi carta es una estrofa, y cada estrofa una quintilla.

—Me dejas aturdido con esa relacion. Versos.... estrofas.... consonantes.... quintillas.... Pero ¿será violentando tambien el sentido?

—Pues! como violentaba *Hermosilla* el de la primera cláusula del *Quijote*. ¿Oye Vd.?

—En efecto.... es verdad. ¿Habrá diablura como ella? ¿Sabes, Juan, que tu ocurrencia es graciosa? ¿Pero sabes tambien que si la envio á La Risa, no faltará quien crea que has hecho esa composicion para ridiculizar....

—¿Y qué me importa á mí que crean las gentes lo que quieran? Lo que á mí me interesa es que acceda Vd. á mis ruegos, á ver si leyendo Melchora su nombre en letras de molde....

—Oh! Melchora seria un estuco, si viendo la agudeza de tu ingenio y la ternura de tu pasion, dejase de coronar con su cariño las amorosas ansias de quien tan gallardamente se espresa. Tu epístola irá á La Risa: no tengas cuidado.

Y en efecto, señores lectores: la carta de mi criado existe ya en las columnas del presente número; pero para evitarles á Vds. la molestia de hacer por sí mismos la consabida operacion anatómico-hermosillesca, procederemos á insertarla otra vez en los términos en que debe leerse. Abran Vds. las orejas, y oigan:

Á MELCHORA.

Querida Melchora: me alegraré mucho que al recibir la carta que estoy escribiendo, te encuentres libre de mal.

Yo estoy bueno, gracias á Dios primero, y luego á Don Roque el médico, que me ha sacado libre de la última sofocacion:

Sofocacion que, si bien se mira, se debe á tu terquedad maldita en mostrarte ingrata con quien te quiere mas que al Perú.

¿Será posible que los ojos tuyos nunca se han de volver á estos dos ojos mios? ¿Nunca nos hemos de unir? ¿Y por qué?

Tú sabes que tengo un corazon tan muerto por tus gracias, que no hay ningun hombre, hablando así comunmente, que tenga mi amor.

Tú en tanto te burlas de mi paciencia, y juro á San Antonio, que si ahora te burlas tambien, ya no he de escribirte, á fé de Juan.

Casémonos luego, ó por Jesucristo y por su Madre, te digo que no espero mas, pues van ocho años que me haces el bú.

Leonarda me quiere, y

(1) Así la llama el preceptista citado. Véase el *Arte de hablar en prosa y verso*, tomo 1.°, página 390.

todos los dias está
diciendo á todos que si
me caso con ella, mi
dicha está resuelta ya.
Piénsalo, pues, porque te
digo otra vez (y va con
la formalidad que me
caracteriza), que te
dejo si haces el huron.
Espero respuesta sin
tardanza, porque es ya tan
dura mi suerte, que á fin
de acabar el retintin
concluyo diciendo:—JUAN.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

DECLARACION AMOROSA

DE UN COMERCIANTE ESTRAMBÓTICO

á D.ª Gumersinda la corpulenta, ninfa de sesenta abriles

Oda. [1]

Mole anchurosa, que en sagrado nudo
Dios de la inmensidad une á mi sino,
fiero Goliat del sexo femenino,
volúmen colosal, yo te saludo!
Cual de la Escocia la ligera nao,
ornada de vistosas banderolas,
viene, siendo el orgullo de las olas,
nuestra España á poblar de bacalao....
Tú, á quien respeta el hacha de los siglos
la hermosa antigüedad de tus mofletes,
ostentando vistosos gallardetes
poblar quieres tu patria.... de vestiglos.
Verdes zapatos en tus pies, en chancla,
de la esperanza imágen seductora,
me hacen juzgar, angélica señora,
que en el puerto de amor echaste el ancla.
No hay varon ni marqués, conde ni duque
desde España hasta el clima mas remoto,
tan feliz como yo, pues cual piloto
rijo el timon del mas antiguo buque.
Hasta el amor, con su dorada copa,
por nuestro enlace entusiasmado brinda.
En tan bella fragata ¡oh Gumersinda!
surcaré yo los mares viento en popa.
¡Almacen de atractivos! ¡Ay tirana
que mas que un cargamento me enamoras!
¡Cuánto hechizo entre arrugas atesoras!
Tu abdomen colosal es mi aduana.
En ella abonará segun tarifa
mi pasion los derechos; mas recelo
que si algo tardas en premiar mi anhelo,
tu hermano el antropófago.... te rifa.
Necio el mundo, burlon y estrafalario,
mófase al vernos requebrar *á duo*,
y dice que parezco al triste buho
que ronda en derredor del campanario.
Me importa un bledo la censura agena
mientras pesque tu fé, querida amiga,
aunque al ver tu volúmen, se me diga,
que á la pesca me fuí de la ballena.
Y pues por tu beldad tanto mereces,
siempre mis ojos en tus ojos fijos,
veré nacer de nuestro amor mas hijos
que tiene el mar en sus entrañas.... peces.
Ambos las tiernas gracias peregrinas
disfrutaremos de los caros nenes,
cuando en mis anchurosos almacenes
jueguen por entre cascos de sardinas.
El cacao, el añil, de arroz los sacos,
todo á tu amor lo rinde mi ternura!
que.... ¡buen saco de arroz es tu figura
objeto de mis ansias y arrumacos!
Yo te consagro en mercantiles trovas
mi corazon, mi vida, mi alvedrío....
que bien mereces el afecto mio,
ángel hermoso de cincuenta arrobas.

Tu boca ostenta, cuando rie ó masca,
de cuatro dientes-lápidas los restos!...
yo me complazco en tus graciosos gestos....
gestos de orangutan ó de tarasca.
Buenas mozas se ven; mas son tortugas
á tu lado, señora, las mas bellas;
y puedes ocultar á todas ellas
en la arruga menor de tus arrugas.
Tu bella inmensidad ¿á quién no encanta?
Por tu mérito intrínseco suspiro;
mas.... no lleves tus pasos al Retiro,
que allí murió cautiva la elefanta.
Al contemplar tu imágen peregrina
del bello sexo encantador pleonasmo,
se me figura ver en mi entusiasmo
la torre de Babél con papalina.
Con amoroso y firme juramento
á tu dominio mi obediencia agacho;
y en breve serás tú de mi despacho
el mas interesante documento.
Unida la riqueza á la elegancia,
veré volar tu amor de gente en gente....
¡Feliz de mí si luce en mi ancha frente
el signo encantador de la abundancia!

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

(1) Se leyó por su autor en el segundo concierto de la *Iberia musical y literaria*.

AMBIGÚ.

Cochinillo de leche asado.

Cuando está cocido y bien pelado, relleno en lo interior con manteca mezclada con yerbas finas, sal y pimienta, se pone al asador, y se le baña con aceite para que esté el pellejo mas delicado y tostado.

Costillas de cerdo en parrilla.

Se ponen á un fuego templado en una parrilla ancha, y despues de haberlas vuelto y que esten á punto, se polvorean con sal y pimienta, para servirlas con una salsa picante ó preparada con mostaza.

Costillas asadas.

Cortadas, preparadas y aplanadas, se ponen en el asador con un poco de manteca, y mientras se asan, se las cubre de miga de pan mezclado con sal, pimienta y yerbas finas. Se sacarán cuando estén en su punto, añadiendo á su pringue ralladura de pan, un poco de harina y un vaso de vino blanco: se dejarán reducir, y se les echará pepinillos cortados en rebanadas.

Pernil cocido.

Se quita primeramente todo lo que pueda tener de rancio: se corta y se pone á desalar por dos ó tres dias en agua fria: se deja escurrir, y despues de haberle enjugado bien, se pondrá á cocer en la composicion siguiente, envuelto en un lienzo blanco. Una mitad de agua y otra de vino, ajos, cebollas, tomillo, laurel, clavo de especia y un ramillete. Se conoce que está cocido, picándole con un mechador, que en tal caso lo atraviesa con facilidad; se saca y se le quita el hueso de enmedio, y y cuando está frio, se le levanta el pellejo, y se cubre la grasa que le rodea con una mezcla de raspadura de pan y yerbas finas.

EL DÓMINE LUCAS.

Enciclopedia universal, bajo la direccion de D. Wenceslao Ayguals de Izco y D. Juan Martinez Villergas. Los que se suscriban antes del 1.° del próximo abril, no pagarán mas que 10 rs. al año. Despues se exigirá doble cantidad.

MADRID.—1844.
IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.